La Alianza Global Jus Semper

En Pos del Paradigma de la Gente y el Planeta

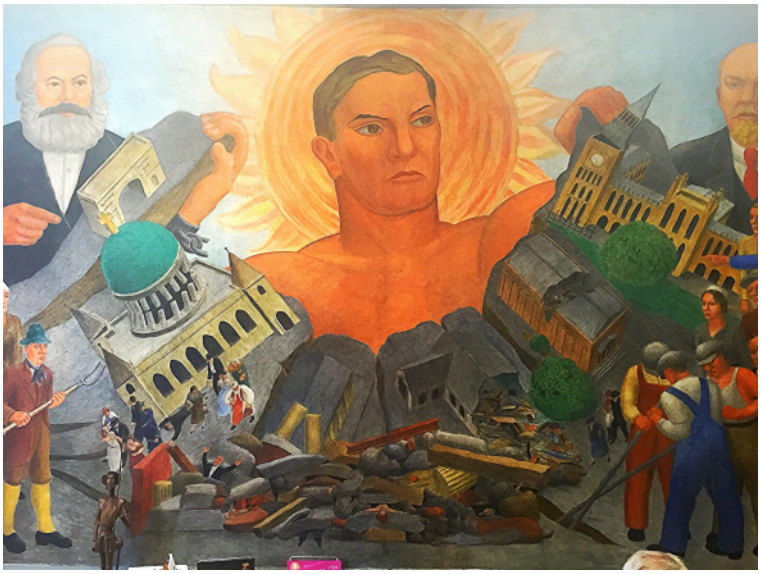
Desarrollo Humano Sostenible

Junio 2026 ENSAYOS SOBRE DEMOCRACIA REAL Y CAPITALISMO

El Mundo Quiere Avanzar Hacia el Socialismo

Vijay Prashad

Los liberales y socialdemócratas renovados han vuelto. Se han erigido en salvadores del mundo; actúan como la Razón frente a la irracionalidad del neofascismo. Esto es posible porque sus predecesores se han hundido en el fango del neoliberalismo y la tecnocracia, y porque sus adversarios se presentan ahora como los lobos aulladores de la extrema derecha. Los liberales y socialdemócratas renovados son como zombis, el cadáver reanimado de un liberalismo muerto.[1]



«El trabajador del futuro derrocando el caos del Capitalismo» (1935), fresco del vizconde Jack Hastings en la Biblioteca Conmemorativa de Marx y Escuela de Trabajadores de Londres. Foto de Ben Sutherland via Wikipedia Commons, Creative Commons License 2.0.

Estos liberales y socialdemócratas renovados tienen razón. Sus predecesores inmediatos habían tomado su tradición liberal y la habían agotado en las llamas de la austeridad y la deuda. Desde el Partido Laborista británico hasta el Partido del Congreso de la India, los antiguos liberales y socialdemócratas de Occidente y los frentes anticolonialistas por la libertad del Sur Global se doblegaron cuando se derrumbó la Unión Soviética y comenzaron a adaptarse a cuatro realidades que ellos mismos habían creado:

(1) Que el capitalismo es eterno.
(2) Que el marco de políticas neoliberales (el capitalismo sin límites) es inevitable, aunque genere una desigualdad extrema y no promueva los objetivos sociales.
(3) Que lo máximo que podemos hacer es mejorar la sociedad mitigando ciertas jerarquías sociales específicas (como las relacionadas con la raza, el género y la sexualidad).

[1] ↩ La esencia de la crítica a la extrema derecha de un tipo especial y al neoliberalismo se extrae de Tricontinental: Instituto de Investigación Social, The False Concept of Populism and the Challenges Facing the Left: A Conjunctural Analysis of Politics in the North Atlantic, Dossier no. 83, December 2024, y Tricontinental, Ten Theses on the Far Right of a Special Type: The Thirty-Third Newsletter (2024), August 15, 2024, thetricontinental.org.

(4) Por último, siguiendo las advertencias mal concebidas de Friedrich Hayek en Camino a la Servidumbre (1944), que perseguir cualquier cosa más allá de la mera mejora es una locura porque está abocada al fracaso o reproducirá inevitablemente la «autocracia» y la «burocracia» de la Unión Soviética.[2]

A medida que los antiguos liberales se alineaban abiertamente con la agenda de austeridad y deuda de la política neoliberal, se reinventaron como tecnócratas y comenzaron a erigirse en únicos árbitros de lo que, según la opinión popular, resultaba aceptable para su visión tecnocrática. Esta aceptación por parte de los liberales del dolor agudo de la austeridad y el rechazo de sus críticas permitió a la extrema derecha disfrazarse de representantes del pueblo y adoptar un tono populista a través de la retórica desagradable contra la inmigración y «anti-woke», pero combinándola con sus críticas incoherentes al sistema económico. La extrema derecha surgió en gran medida a lomos de la rendición de los liberales ante el neoliberalismo. Pero la extrema derecha no ha roto con las líneas generales de la política neoliberal. La reproduce junto con una agenda social dura. A pesar de todo lo que se habla de nacionalismo económico, la extrema derecha no tiene una agenda económica original.

Los liberales y socialdemócratas renovados ignoran la capitulación de los antiguos liberales ante la austeridad y la deuda, y se niegan a rendir cuentas sobre cómo la tecnocracia liberal sentó las bases para la extrema derecha. Plantear el retorno del liberalismo como si pudiera salvar a la civilización de la extrema derecha es engañoso, ya que este liberalismo y esta socialdemocracia renovados no ofrecen una visión de futuro diferente a la de sus predecesores. Nada de lo que ofrecen los liberales renovados o los socialdemócratas inspira confianza en que estén preparados para romper con la agenda conservadora de austeridad, deuda y finanzas del neoliberalismo. Lo que tenemos es una retórica que suena a izquierda y una sensibilidad agitadora contra el sistema, pero incoherencia a la hora de superar las atrocidades del capitalismo. Concretamente, no hay nada en forma de política económica que aborde la grave desigualdad que caracterizó el periodo neoliberal. Si se profundiza en las agendas y los programas políticos de los nuevos socialdemócratas, y en medio de un festival de jerga de la política identitaria (sin siquiera tomarse en serio las demandas de dignidad en contextos de opresión social), resultará difícil encontrar una agenda económica que restablezca los derechos o construya poder para las masas. En el mejor de los casos, se encuentran políticas redistributivas conservadoras que intentan reconstruir una clase media que la socialdemocracia considera su verdadera base —renunciando a cualquier ambición de representar y organizar más allá de ella, hacia la clase trabajadora y el campesinado, que constituyen la gran mayoría de la población mundial—.

Una serie de consignas —por ejemplo, «tecnofeudalismo» (Yanis Varoufakis), «retrocesos democráticos» (Red Futuro), «capitalismo progresista» (Joseph Stiglitz) o «derechos con responsabilidades» (Tercera Vía)— alimentan esta incongruencia y transmiten la sensación nostálgica de que en algún momento existió un sistema democrático arraigado en un capitalismo perfectamente competitivo.[3] Esa edad de oro nunca existió: la competencia capitalista tiende a la monopolización y al uso del poder estatal (a menudo con violencia) para imponer la voluntad de tal o cual empresa, y para reducir la parte de la riqueza que se distribuye a la sociedad en su conjunto a través de los salarios y los impuestos, mientras que los miembros de la clase capitalista acumulan ingresos y riqueza para sí mismos y amasan más capital para continuar su dominio.

---

[2] ↩ Friedrich Hayek, The Road to Serfdom (London: Routledge, 1944). Sobre el legado persistente de Hayek y estas ideas, véase Quinn Slobadian, Hayek's Bastards: Race, Gold, IQ, y Capitalism of the Far Right (Princeton: Princeton University Press, 2025).

[3] ↩ El crítico más perspicaz de toda la tradición del «tecnofeudalismo» es Evgeny Morozov, primero en un ensayo temprano, «Critique of Techno-Feudal Reason», New Left Review, n.º 133/134 (enero-abril de 2022); y más recientemente en "What the Techno-Feudalism Prophets Get Wrong," Le Monde Diplomatique, August 2025, mondediplo.com. La crítica más convincente de la «tercera vía» es la de Alex Callinicos, Against the Third Way: An Anti-Capitalist Critique (Londres: Polity, 2001). Susan Watkins denomina ingeniosamente el dominio de la «tercera vía» del blairismo laborista como «hegemonía sin peso» en «A Weightless Hegemony: New Labour's Role in the Neo-Liberal Order», New Left Review, n.º 25 (enero-febrero de 2004).

Además, evocar un capitalismo «más benigno» de la posguerra pasa por alto que ese modelo se basaba en la explotación severa de la mano de obra y en la extracción depredadora de recursos del Tercer Mundo, y se construyó a costa de golpes de Estado e intervenciones militares destinados a sofocar la soberanía de los Estados poscoloniales. Si bien los trabajadores del Norte Global pudieron haber disfrutado brevemente de una estabilidad marginal y una prosperidad relativa durante la «Edad de Oro del Capitalismo» (1945-1973), para los trabajadores de todo el mundo esta no fue una época de prosperidad. Esta edad de oro se construyó sobre la estructura económica neocolonial del robo, que se mantuvo mediante golpes de Estado imperialistas (desde Irán en 1953 hasta Chile en 1973) contra cualquier país del Tercer Mundo que intentara establecer su soberanía, y mediante la negativa a permitir que los Estados del Tercer Mundo aplicaran las formulaciones del Nuevo Orden Económico Internacional (1974) aprobadas por la Asamblea General de las Naciones Unidas.[4] El sistema neocolonial financió la edad de oro y, a través de las operaciones del Fondo Monetario Internacional y las grandes corporaciones multinacionales, sigue siendo el sistema dominante en la actualidad.[5] El flujo de capital sigue siendo continuo como «tributo» desde el Sur Global hacia las cuentas bancarias de los tenedores de bonos en el Norte Global, la mayoría de los cuales toman esta liquidez y la invierten en un vasto casino financiero en lugar de realizar inversiones industriales a gran escala (aunque esto no significa que la clase multimillonaria no esté realizando grandes inversiones en infraestructura real en áreas como la inteligencia artificial y la producción de armas).[6]

Una propuesta más coherente desde la perspectiva y la experiencia del Sur Global consistiría en reconstruir los programas económicos nacionalistas que fueron desmantelados por el intervencionismo de EUA. Esto, sin embargo, brilla por su ausencia en la visión que proponen los liberales y socialdemócratas renovados, quienes han elaborado un análisis basado en una nostalgia melancólica por los Estados de Bienestar europeos y el Nuevo Trato de EUA. Un «retorno al capitalismo de la edad de oro» o la construcción de un «capitalismo con rostro humano» es una ilusión que los pueblos del mundo no pueden permitirse.[7]

Una notable encuesta publicada en 2024 por la Alianza de las Democracias, denominada «Índice de Percepción de la Democracia», reveló que la mayoría de las personas encuestadas sobre las amenazas a la democracia señalaron tres problemas principales: la concentración de los ingresos y la riqueza, la corrupción y el control de las empresas sobre la vida política.[8] Curiosamente, el 79 % de la población china afirma que su país es democrático, un porcentaje mucho mayor que en cualquier país occidental. Esta encuesta, realizada por un centro de pensamiento liberal prooccidental, muestra que la población china cree que su Gobierno hace más por ellos porque antepone las necesidades de la gran mayoría a las de los capitalistas de todo el mundo. En un momento en el que existe un interés global por el socialismo, y con la posibilidad de extraer algunas lecciones de la experiencia china de romper la barrera de la dependencia, el retorno al «capitalismo progresista» y a las ideas socialdemócratas insulsas parece fuera de lugar. Las ideas agotadas de la democracia liberal y el capitalismo de libre mercado no necesitan ser reanimadas por un nuevo liberalismo zombi.

---

[4] ↩ La historia completa la encontrará en mi libro: Vijay Prashad, The Darker Nations: A People's History of the Third World (New York: The New Press, 2007).

[5] ↩ Toda la historia se encuentra en Grieve Chelwa and Vijay Prashad, How the International Monetary Fund Suffocates Africa (Johannesburg: Inkani Books, 2025).

[6] ↩ Fernando van der Vlist, Anne Helmond, and Fabian Ferrari, "Big AI: Cloud Infrastructure Dependence and the Industrialisation of Artificial Intelligence," Big Data and Society 11, no. 1 (January–March 2024).

[7] ↩ Nota: Este ensayo se centra en los intentos de resucitar el liberalismo y la socialdemocracia en el Norte Global. En un futuro ensayo se abordará más específicamente el liberalismo y la socialdemocracia del Sur Global, que cuentan con su propio abanico de puntos de vista y particularidades; en dicho ensayo, profundizaré en el surgimiento de corrientes únicas de política socialdemócrata que se derivan de antiguos frentes políticos anticolonialistas y, en concreto, analizaré la revitalización del asistencialismo religioso.

[8] ↩ Alliance of Democracies, Democracy Perception Index 2024 (Copenhagen: Lantana, 2024), allianceofdemocracies.org.

Karl Marx y la Historia del Liberalismo

La tradición liberal que nació y se desarrolló en el mundo de las ideas angloamericano se formuló en el contexto de una lucha contra la tiranía de la monarquía. Escritores angloamericanos, como John Locke (1632-1704), imaginaron un mundo sin un monarca como soberano, sino con los intereses de los propietarios —denominados «el pueblo»— como soberanos. Locke sostenía que el orden comercial (el capitalismo) surge de la acción autónoma de personas privadas (individualistas posesivos) sin que exista ningún contrato explícito entre ellas. La tarea del Estado —independientemente de su carácter, ya sea con rey o sin él— es garantizar la base de la propiedad privada.

Esta tradición liberal no reconoció sus propias limitaciones, como su creencia racista de que los únicos que podían ser soberanos eran los blancos y de que estaba permitido que estos exterminaran a los Pueblos originarios de América y esclavizaran a los africanos, así como su convicción de que la propiedad privada no entraba en contradicción con la libertad humana. Locke, el ideólogo del Movimiento de Cercamiento en Inglaterra que expropió a los campesinos, escribió, en su Segundo Tratado sobre el Gobierno (1689), sobre por qué los Pueblos originarios de América tienen que perder sus tierras, basando su justificación en la Biblia (Génesis, 1.28): «Porque pregunto: ¿acaso en los bosques salvajes y los páramos incultos de América, abandonados a la naturaleza, sin ningún tipo de mejora, labranza o cultivo, mil acres proporcionan a los necesitados y desdichados habitantes tantas comodidades de vida como diez acres de tierra igualmente fértil en Devonshire, donde están bien cultivados?». Locke, que fue secretario de los Lores Propietarios de Carolina y secretario del Consejo de Comercio y Plantaciones, esgrimió un argumento que servía a sus propios intereses al expulsar a los indígenas de las tierras que él poseía y, al mismo tiempo, le permitía la libertad de escribir sobre derechos que no concedía a los Pueblos originarios. Locke no solo justificó la expropiación de las tierras indígenas, sino que también fue una figura clave en el desarrollo de la esclavitud en Norteamérica, como inversor en el comercio de esclavos a través de sus acciones en la Royal African Company y como autor principal de la Constitución de Carolina, basada en la esclavitud.[9]

Las tradiciones republicanas y liberales de los pueblos francófonos, que culminaron en la Revolución Francesa de 1789, se estrellaron contra las costas de Haití al intentar impedir que el pueblo haitiano hiciera realidad sus propias aspiraciones republicanas y liberales.[10] Por último, la tradición alemana —fundamental para la formulación de los principios liberales del derecho y la educación, gracias a la obra de figuras como Immanuel Kant (1724-1804), Wilhelm von Humboldt (1767-1835) y G. W. F. Hegel (1770-1831)— no pudo superar las contradicciones de los restos del Sacro Imperio Romano Germánico, de las confederaciones de Napoleón y del auge de Prusia. Hegel pensaba que Napoleón —«esta alma del mundo»— destruiría a los antiguos freiherren alemanes, y que en sus tierras florecería la era de la libertad.[11] Pero Napoleón, tanto en la victoria como en la derrota, defraudó a los liberales de la Ilustración, y los junkers regresaron con la dinastía de los Hohenzollern para gobernar durante otro siglo. En reacción a los represivos Decretos de Carlsbad de 1819, los liberales participaron en el levantamiento de 1848 que se extendió por todo el continente; el fracaso de este en derrocar el absolutismo condujo a la desilusión total de los liberales (muchos de ellos —como Heinrich von Gagern— apelaron a Federico Guillermo IV de Prusia para que se coronara constitucionalmente en 1849, mientras que en Francia, Émile Ollivier se convirtió en el principal aliado liberal de Napoleón III). El republicanismo liberal se desvaneció rápidamente para dar paso al monarquismo constitucional.

---

9 ↩ Barbara Arneil, John Locke and America: The Defense of English Colonialism (Oxford: Clarendon Press, 1996); Paul Cochran, "John Locke on Native Right, Colonial Possession, and the Concept of Vacuum domicilium," The European Legacy: Towards New Paradigms 23, no. 3 (September 2018): 225–50; Peter Olsen, "John Locke's Liberty Was for Whites Only," New York Times, December 25, 1984.

10 ↩ Michel-Rolph Trouillot, Silencing the Past: Power and the Production of History (Boston: Beacon Press, 1995).

11 ↩ La expresión «alma del mundo» proviene de una carta que G. W. F. Hegel escribió a su amigo Friedrich Immanuel Niethammer el 13 de octubre de 1806.

Partiendo de un análisis crítico de las limitaciones de Hegel, los jóvenes hegelianos y los liberales —todos ellos partidarios de alguna forma de monarquía—, Karl Marx (1818-1883) desarrolló su crítica inmanente del liberalismo, basándola en la incapacidad de este para superar las relaciones de propiedad privada que limitaban sus ambiciones. Lo fundamental en los primeros escritos de Marx sobre la libertad es su reconocimiento de que los avances logrados por la Revolución Francesa de 1789 y por el liberalismo fueron vitales. La emancipación política, escribió, es «un gran paso adelante. Es cierto que no es la forma definitiva de la emancipación humana en general, pero es la forma definitiva de la emancipación humana dentro del orden mundial existente hasta ahora».[12] No es el ideal lo que Marx rechaza, sino a sus portadores, los liberales, que acaban tan apegados a la defensa de la propiedad privada que se convierten en una pandilla heterogénea incapaz de promover con claridad los objetivos socialistas. La caracterización que Marx hace en 1852 de los whigs británicos (los liberales que se oponían a la monarquía y al control de la Iglesia) es muy acertada:

> *Es evidente que el carácter de los whigs británicos tiene que resultar en una mezcla de lo más desagradable y heterogénea: feudalistas que son al mismo tiempo malthusianos, especuladores con prejuicios feudales, aristócratas sin sentido del honor, burgueses sin actividad industrial, hombres de finalismo con frases progresistas, progresistas con un conservadurismo fanático, traficantes de fracciones homeopáticas de reformas, promotores del nepotismo familiar, grandes maestros de la corrupción, hipócritas de la religión, tartufos de la política.*[13]

Un breve comentario sobre esta cita tan acertada, que se aplica a los partidos liberales actuales y a sus intelectuales socialdemócratas: Thomas Malthus era un clérigo que creía que el crecimiento demográfico (y no la explotación capitalista) era lo que provocaba el hambre. Los «hombres de la finalidad» consideraban que la Ley de Reforma Inglesa de 1832 era el paso definitivo en el desarrollo del liberalismo y se oponían a ampliar aún más el derecho al voto, especialmente a la mayoría de la población. Tartufo era una obra de Molière sobre los hipócritas religiosos.

En sus escritos posteriores sobre estos mismos temas, Marx mantendría la idea del «gran paso adelante» y de la necesidad de seguir impulsando la lucha de clases hacia «la forma definitiva de la emancipación humana». En la Crítica del Programa de Gotha (1875), Marx escribió que «el derecho nunca puede estar por encima de la estructura económica de la sociedad y de la situación cultural condicionada por ella». Una sociedad con fuerzas productivas incapaces de generar un excedente suficiente y, por lo tanto, con insuficientes instituciones de ocio y culturales, no podría por sí sola constituir la emancipación humana. Los derechos liberales a la propiedad en un sistema capitalista, por ejemplo, garantizan a toda persona la «libertad de poseer propiedad», que había estado restringida en las formaciones sociales precapitalistas, pero no garantizan la «libertad de la propiedad», es decir, la libertad de la tiranía impuesta a quienes carecen de ella. Solo «en una fase superior de la sociedad comunista» que haya pasado del ámbito de la necesidad al de la libertad —con la abundancia como su característica— se puede comprender la base social de la libertad. «Solo entonces», escribió Marx en 1875, «se podrá traspasar por completo el estrecho horizonte del derecho burgués y la sociedad inscribirá en sus estandartes: De cada uno según su capacidad, a cada uno según sus necesidades». La cuestión de cómo describir las «necesidades» (aunque él las describió como una «jerarquía» que comienza con la satisfacción de las necesidades básicas) no es relevante aquí.[14] Lo importante es que Marx establece al menos tres rupturas decisivas con la tradición liberal anterior:

(1) Que las ideas de libertad y justicia no pueden disociarse de las situaciones materiales de la vida humana.

---

12 ↩ Karl Marx and Friedrich Engels, Collected Works (New York: International Publishers, 1975), vol. 3, 155.

13 ↩ Marx and Engels, Collected Works, vol. 11, 331.

14 ↩ Karl Marx and Frederick Engels, Selected Works, vol. 3 (Moscow: Progress Publishers, 1973), 19; Karl Marx, Texts on Method (Oxford: Basil Blackwell, 1975), 195.

(2) Que la institución de la propiedad privada crea un ciclo de explotación y acumulación que transforma las ideas de libertad e igualdad en sus opuestos, todo ello sin violar los términos del intercambio libre e igualitario.
(3) Que la realización de las ideas de libertad y derecho requiere la superación de la propiedad privada (las relaciones sociales del capitalismo) y la creación de un nuevo «orden mundial».

Marx demostró, en última instancia, que el liberalismo no podía hacer realidad sus valores. Para llevar adelante esos valores sería necesario romper con el capitalismo y construir una sociedad socialista. Pero los liberales, fieles al individualismo posesivo, no querían dar ese paso.

El liberalismo, no obstante, sigue siendo una tradición política y filosófica, aunque ahora conviviendo con una crítica que ha puesto de manifiesto sus limitaciones. Lo mejor del liberalismo, surgido en el siglo XIX, comprendió que el capitalismo generaba desigualdades y que la forma más elevada de política liberal consistiría en paliar esas desigualdades mediante programas de bienestar social.

En toda Europa, desde el «Staatssozialismus» de Otto von Bismarck hasta el Estado de Bienestar de John Maynard Keynes, y posteriormente en Estados Unidos a través de las medidas antimonopolio del presidente Franklin D. Roosevelt, surgieron diversas corrientes que reconocían la dureza del capitalismo y buscaban formas de humanizar su impacto en la clase trabajadora. Todo el ámbito del debate y la controversia sobre el bienestar social se mantuvo en un diálogo más o menos cercano con el marxismo, que acechaba al liberalismo como la crítica más clara al capitalismo y su impacto social. Incluso las tradiciones que rechazaban las políticas de bienestar social (como el pensamiento anticomunista, desde la Sociedad John Birch en Estados Unidos hasta la Sociedad Mont Pelerin en Europa) tuvieron que enfrentarse al marxismo, aunque solo fuera como contrapunto.

A partir de la década de 1970, sin embargo, surgieron versiones mucho más decididas del antimarxismo que abandonaron las políticas de bienestar social y rechazaron el papel central de la crítica marxista al capitalismo. El colapso de la URSS, la crisis de la deuda en el Tercer Mundo y el sindicalismo empresarial de los sindicatos del Norte (un proceso impulsado en gran medida por Washington) llevaron a que esta corriente de pensamiento se cristalizara en variantes del neoconservadurismo y el neoliberalismo, dos corrientes con nombres distintos que compartían la ruptura con la crítica marxista y con la centralidad cultural del bienestar social.

La aparición de estos discursos se vio favorecida por el surgimiento del posmarxismo, que, en nombre del liberalismo, participó en el ataque al marxismo y devolvió la teoría al premarxismo (un ejemplo paradigmático es el libro de 1985 *Hegemonía y estrategia socialista*, de Ernesto Laclau y Chantal Mouffe, que allanó el camino desde el posmarxismo hacia atrás, hasta el liberalismo).[15] El rechazo de los elementos centrales del marxismo conduce directamente a la incoherencia: esta forma de posmarxismo celebra la lucha por la lucha misma y no ofrece ninguna estrategia u orientación más allá del movimientismo y la movilización (en contraposición a la construcción de organizaciones y el desarrollo de una estrategia programática). El marxismo demostró que las masas se cohesionan históricamente en torno a una agenda de construcción de su propia fuerza y, a través de la organización, utilizan esa fuerza para convertir las

[15] ↩ Antonio Anzaldi Pablo, *Sobre Laclau y Mouffe: Para una crítica de la razón progresista* (Buenos Aires: Editorial SB, 2023). El libro original es "Hegemony and Socialist Strategy: Towards a Radical Democratic Politics", de Ernesto Laclau y Chantal Mouffe (Londres: New Left Books, 1985). El término «política democrática radical» es indicativo de la corriente liberal que luego desarrollan estos autores, como en Le politique et ses enjeux: Pour une démocratie plurielle, de Mouffe (París: La Découverte, 1994) y en el volumen editado por Laclau, The Making of Political Identities (Londres: Verso, 1994); ambos textos consideran la identidad política como «discursiva» y la «democracia» como una categoría central de su pensamiento político. Ambos acabaron escribiendo libros sobre el populismo, en los que defendían el «movimientismo» y las manifestaciones frente a la organización, como Ernesto Laclau, On Populist Reason (Londres: Verso, 2005) y Chantal Mouffe, For a Left Populism (Londres: Verso, 2018).

luchas de masas en luchas de clases que concentran el poder del pueblo contra los capitalistas y sus emisarios estatales con el fin de construir una sociedad socialista. Todo eso es subsumido por el posmarxismo en la incomprensibilidad de las luchas «múltiples» e «interseccionales». El mensaje ahora es: haz lo que quieras para cambiar el mundo, y sin duda algo sucederá; no hay necesidad de incluir en la agenda la cuestión de las fuerzas productivas o del capitalismo, ni tampoco de una estrategia socialista que incluya partidos políticos de vanguardia. El papel estructural del capital y el trabajo queda oscurecido por esta forma de miscelánea política.

Las Revoluciones se Forjan en las Naciones Más Pobres

El socialismo se nos presentó como una posibilidad. Imaginamos que la inmensa riqueza producida por el trabajo social podría ser utilizada por la sociedad para enriquecernos a todos. Creíamos que podríamos aprovechar las nuevas tecnologías y la riqueza social para organizar la producción según criterios humanos, tratar a las personas con dignidad y amabilidad, y gestionar el planeta de forma racional. Esa era nuestra historia posible. Sigue siendo nuestra posibilidad. Durante cientos de años, seres humanos sensibles lucharon por construir un mundo a imagen de la libertad. Trabajadores y campesinos, gente corriente con tierra bajo las uñas, se sacudieron el manto de humillación que les habían impuesto los propietarios de la tierra y la riqueza para exigir algo mejor. Formaron movimientos anticoloniales y movimientos socialistas: movimientos contra el terrorismo del hambre y la indignidad. Eran movimientos: gente en marcha. No aceptaban el presente como infinito, ni su posición como estática. Estaban en marcha, no solo hacia la casa del terrateniente o las puertas de la fábrica, sino hacia el futuro.

Estos movimientos dieron lugar a las revoluciones de 1911 (en China, Irán y México), la revolución de 1917 (contra el Imperio zarista), la revolución de 1949 (China), la revolución de 1959 (Cuba), la revolución de 1975 (Vietnam) y muchas otras.[16] Cada una de estas revoluciones ofrecía una promesa: el mundo no tiene por qué organizarse a imagen y semejanza de la burguesía cuando puede desarrollarse en torno a las necesidades de la humanidad. ¿Por qué debería la mayoría de la población mundial vivir trabajando para acumular la riqueza de unos pocos, cuando el propósito de la vida es mucho más rico y audaz que eso? Si los pueblos, desde China hasta Cuba, fueron capaces de derrocar las instituciones de la humillación, entonces cualquiera podría hacerlo. Esa era la promesa del cambio revolucionario.

La derrota de la Revolución Alemana en 1919 acabó con la posibilidad de que Europa siguiera el ejemplo de los bolcheviques y derrocara a sus regímenes capitalistas autoritarios. En cambio, la revolución triunfó en el Imperio zarista, un Estado tecnológicamente atrasado e industrialmente subdesarrollado que había colonizado amplias zonas de Asia y Europa. A esta le siguió una revolución en Mongolia en 1921, más o menos al mismo tiempo que diversas partes del antiguo Imperio zarista se unieron a la ola revolucionaria para formar la Unión de Repúblicas Soviéticas Socialistas.

Lo que reveló la Revolución de Octubre de 1917 contra el zar fue que la gente común puede dejar de lado la farsa del liberalismo imperial o democrático y gobernarse a sí misma a través de un Estado de orientación socialista (la idea del liberalismo imperial queda ilustrada por el príncipe Dmitri Ivanovich Nekhlyudov en la novela de León Tolstói Resurrección, de 1899). Pero, sobre todo, la Revolución de Octubre —al igual que las revoluciones que le seguirían (Vietnam en 1945, China en 1949 y Cuba en 1959)— demostró que los axiomas de V. I. Lenin (1870-1924) eran correctos. Estos axiomas (que el liberalismo no sería capaz de un cambio revolucionario, que había que superar el colonialismo, que la revolución podía tener lugar donde las fuerzas productivas no se hubieran desarrollado plenamente) inspiraron a generaciones de revolucionarios del mundo colonizado a convertirse en leninistas y,

[16] ↩ Vijay Prashad, Red Star Over the Third World (New Delhi: LeftWord, 2017).

posteriormente, en marxistas-leninistas (entre los que se encontraban personas como José Carlos Mariátegui, Mao Zedong, Ho Chi Minh, Kwame Nkrumah, E. M. S. Namboodiripad y Fidel Castro).[17] Estos axiomas generales del marxismo-leninismo, basados fundamentalmente en la experiencia de la construcción socialista en el Tercer Mundo, pueden teorizarse de la siguiente manera:

(1) El marxismo, tal y como se desarrolló en la Segunda Internacional (con Karl Kautsky como su principal teórico), sostenía que las fuerzas revolucionarias del bloque capitalista e imperialista avanzado —es decir, el proletariado industrial— se rebelarían e impulsarían la historia hacia el socialismo. Esta teoría no llegó a materializarse. En cambio, la revolución fracasó en el núcleo capitalista e imperialista. Esto se debió a una aristocracia obrera, o lo que Lenin definió como un «estrato superior» de los «trabajadores convertidos en burgueses» en el núcleo capitalista que se aliaron con la clase capitalista. En particular, argumentó, los «líderes sindicales» se beneficiaron de los frutos del imperialismo y asimilaron profundamente la cultura ideológica del liberalismo imperialista.[18]

(2) En cambio, los avances revolucionarios se produjeron en las semicolonias y las colonias, donde los trabajadores y los campesinos formaron una alianza para derrocar a los gobernantes coloniales y a las clases que se habían enriquecido gracias a su dependencia del colonialismo. Las clases que gobernaban en nombre de los colonizadores no tenían ni la energía ni el programa para sacar a su propia sociedad de la dominación colonial, ni para construir una agenda liberal de autosuficiencia; no podían romper con el imperialismo, solo —quizás— romper con el dominio colonial directo.

(3) La cultura en muchas semicolonias y colonias (especialmente en África y Asia) se había visto frustrada por la negativa de las potencias imperiales a crear instituciones modernas de educación, salud y vivienda para los súbditos coloniales, y la cultura de las colonias no había desarrollado una pátina liberal suficiente en torno a las instituciones del derecho y la política. Por esa razón, los Estados controlados por trabajadores y campesinos no incluyeron el liberalismo entre su herencia, sino que tuvieron que crear sus propias formas ideológicas en la nueva sociedad. Situaciones similares existían en Centroamérica y en el Caribe (incluida Colombia), donde persistían las formas coloniales de gobierno a pesar de la independencia formal y el liberalismo se vio fundamentalmente restringido. En el Cono Sur, pensadores como Juan Bautista Alberdi (1810-1884) en Argentina y José Victorino Lastarria (1817-1888) en Chile escribieron tratados liberales, pero no tenían nada que decir sobre los pueblos originarios ni sobre la clase trabajadora y el campesinado de sus sociedades (esto era, en esencia, Locke trescientos años después). Sus teorías liberales se oponían directamente a las opiniones de los marxistas de la siguiente generación, como el peruano Mariátegui (1894-1930) y el venezolano Salvador de la Plaza (1896-1970).[19]

(4) El imperialismo había frenado el desarrollo de los sistemas económicos modernos, incluida la construcción de la industria y las infraestructuras modernas. A las colonias se les había asignado la producción de materias primas, la exportación de su riqueza y la importación de productos manufacturados. Esto significaba que los nuevos Estados revolucionarios se hacían cargo de economías dependientes y desarticuladas, con escasos conocimientos científicos y técnicos.

Cada uno de los Estados revolucionarios que surgieron —desde la URSS hasta la República Popular China y la República de Cuba— comprendía perfectamente esta situación y estas limitaciones. Esto es precisamente lo que la mayoría de los liberales y socialdemócratas renovados con consignas de izquierda no comprenden: quieren distanciarse de la experiencia real de construir el socialismo que no tiene lugar en el núcleo capitalista, sino en la periferia colonial, y que trabaja para construir una cultura socialista contra todo pronóstico. Es fácil menospreciar el régimen de partido

[17] ↩ Toda esta tradición se plasmará en un libro, titulado «Octubre», que presentaré dentro de unos años.

[18] ↩ V.I. Lenin, Imperialism, the Highest Stage of Capitalism (New Delhi: LeftWord Books, 2000), 40.

[19] ↩ José Carlos Mariátegui, An Anthology (New York: Monthly Review Press, 2011).

único o despreciar el «estatismo» o incluso el «autoritarismo», fácil adoptar el lenguaje del liberalismo de la Guerra Fría, pero mucho más difícil ofrecer un diagnóstico de por qué los acontecimientos revolucionarios se produjeron en las naciones más pobres y por qué estos acontecimientos revolucionarios tuvieron que seguir un camino que no se ajusta a los mejores gestos de la ideología liberal. Los experimentos socialistas en las naciones más pobres tuvieron que enfrentarse de inmediato a una serie de tareas importantes, entre las que se incluyen las siguientes:

- Defender el proceso revolucionario frente a los ataques internos y externos. Esto implicaba recurrir a las fuerzas armadas y armar al pueblo, pero también impedía que las fuerzas contrarrevolucionarias internas se organizaran en un bloque de resistencia, utilizando discursos liberales sobre la «libertad» para enmascarar su deseo de volver al poder e imponer el régimen antidemocrático de la propiedad a las grandes masas. No se trataba de debates teóricos: la URSS fue atacada en 1918, Cuba fue bloqueada a partir de 1962 y China se enfrenta ahora a una grave concentración imperialista frente a sus costas. Los Estados liberales intentaron asfixiarlos desde su nacimiento.
- Abordar los problemas inmediatos del pueblo. El hambre, la pobreza y otras humillaciones cotidianas a las que se enfrentaban las masas debían superarse lo antes posible. Esto implicaba utilizar los limitados recursos de la sociedad de una manera novedosa respecto a las culturas de crueldad que existían anteriormente. Significaba que el régimen revolucionario tendría que tomar decisiones desde el punto de vista de toda la sociedad, lo que requeriría que ciertos sectores de la clase trabajadora trabajaran muy duro en un breve periodo de tiempo para producir bienes suficientes que satisficieran las necesidades de toda la sociedad.
- Desarrollar las fuerzas productivas de la sociedad. La situación colonial había supuesto que las naciones más pobres carecieran tanto de la infraestructura (en particular, de sistemas de electrificación y transporte) como de la industria necesaria para producir los bienes y servicios requeridos para hacer realidad las aspiraciones de la población. Esta infraestructura e industria requerirían ciencia, tecnología y capital —elementos de los que se había privado a estos países— y, por lo tanto, tendrían que generarse rápidamente tanto mediante la solidaridad internacional como mediante el desarrollo específico de la educación superior y el uso de las exportaciones de materias primas para convertirlas en capital destinado a la industrialización.
- Crear un mundo cultural para las masas. La construcción de instituciones educativas y culturales para erradicar el analfabetismo y fomentar la confianza de los trabajadores y los campesinos para que gobiernen su propia sociedad es un proyecto a largo plazo, cuyas dificultades no deben subestimarse. En todas estas experiencias revolucionarias, la parte más ardua de la construcción de un nuevo proyecto es forjar la claridad, la confianza y la dignidad de las masas para que se conviertan en los agentes de su propia historia y se hagan cargo del proyecto estatal, una entidad multifacética necesaria para las economías digitales altamente complejas de nuestro tiempo.

La tarea más urgente era siempre la primera, sobre todo tras la Segunda Guerra Mundial, cuando los medios tecnológicos de ataque se habían vuelto más sofisticados. Los golpes de Estado imperialistas y las invasiones militares directas se habían convertido en algo casi habitual, y las intervenciones de uno u otro tipo se llevaban a cabo con total impunidad.

Resulta interesante que en un país como Chile, que sufrió un brutal derrocamiento imperialista del gobierno de la Unidad Popular en 1973, haya tan poca empatía entre las filas de los liberales y socialdemócratas renovados —no solo en el Frente Amplio, sino también en sectores de la izquierda comunista— hacia la difícil situación de, por ejemplo, Cuba, que no solo brindó una solidaridad incondicional al gobierno de la Unidad Popular entre 1970 y 1973, sino que ayudó a la resistencia contra el gobierno golpista, y que desde entonces —especialmente ahora— ha enfrentado un bloqueo ilegal y perjudicial liderado por Estados Unidos. Es muy fácil adoptar el lenguaje del liberalismo de la Guerra

Fría, tomado de epígonos de la Guerra Fría como Hannah Arendt, pero mucho más difícil comprender las complejidades de construir una revolución en las naciones más pobres.[20]

Las revoluciones marxistas, desde Rusia hasta Cuba, tuvieron lugar en el ámbito de la necesidad, no en el de la libertad. A cada uno de estos nuevos Estados —que gobernaban regiones de gran pobreza— les resultó difícil reunir el capital necesario para dar el salto al socialismo.

Uno de ellos —Vietnam— había sido bombardeado por Estados Unidos, incluso con armas químicas, hasta que su suelo quedó irremediablemente contaminado y su infraestructura destruida.[21] Esperar que un país como Vietnam realizara una transición fácil al socialismo es ingenuo. Cada uno de estos países tuvo que hacer un gran esfuerzo para reunir recursos y cometió numerosos errores en contra de la democracia. Pero estos errores surgen de las luchas por construir el socialismo; no son inherentes a él. No se puede condenar al socialismo por los errores cometidos en ninguno de estos países. Cada uno de ellos es un experimento de un futuro poscapitalista. Tenemos mucho que aprender de cada uno de ellos.

A estas revoluciones les siguieron programas humanitarios: proyectos destinados a mejorar la vida de las personas mediante la educación y la asistencia sanitaria universales, proyectos para hacer del trabajo una actividad cooperativa y enriquecedora, en lugar de agotadora. Cada una de estas revoluciones experimentó de diferentes maneras con la paleta de emociones humanas: negándose a permitir que las instituciones estatales y la vida social se rigieran por una interpretación estrecha del instinto humano (la codicia, por ejemplo, que es la emoción en torno a la cual se desarrolla el capitalismo). ¿Podrían el «cuidado» y la «solidaridad» formar parte del panorama emocional? ¿Podrían mitigarse la «codicia» y el «odio»?

La Necesidad de Claridad y la Lucha de Clases

La coyuntura actual exige un movimiento entre dos conceptos políticos: soberanía y dignidad. Se trata de conceptos entrelazados de nuestra época, y los distintos movimientos y proyectos estatales actúan con distintos grados de compromiso con cada uno de ellos.

La soberanía nacional es un concepto de ámbito estatal que hace referencia a los proyectos estatales que se oponen a la intervención de intereses extranjeros y buscan desarrollar un conjunto de políticas económicas y políticas que defiendan los derechos y las necesidades de su propio pueblo. Para un país que ha salido del colonialismo, la soberanía es un mecanismo que permite evaluar en qué medida ha sido capaz de liberarse de las presiones del dominio colonial y de la intervención imperialista.

La búsqueda de la soberanía es, en sí misma, una afirmación negativa, lo que significa que se opone a la intervención imperialista; la categoría de soberanía, por sí sola, no describe la naturaleza de las relaciones de clase dentro del país, lo que permite que haya países que sigan vías no socialistas, pero que, no obstante, sean soberanos frente al imperialismo (Irán, por ejemplo, no es un Estado socialista, pero busca la soberanía frente a las garras del imperialismo). Todos los

[20] ↩ Sobre el liberalismo de la Guerra Fría, véase Samuel Moyn, Liberalism Against Itself: Cold War Intellectuals and the Making of Our Times (New Haven: Yale University Press, 2024).

[21] ↩Estados Unidos bombardeó salvajemente Corea y Vietnam en nombre del liberalismo. Véase Samir Amin, The Liberal Virus: Permanent War and the Americanization of the World (New York: Monthly Review Press, 2004).

proyectos de Estado socialista buscan decididamente la soberanía nacional, pero no todos los proyectos que buscan la soberanía son socialistas.

La dignidad es un concepto centrado en las personas que se refiere a la idea de que cada individuo, y por extensión las comunidades sociales a las que pertenece como miembro de la sociedad, busca la dignidad en todos los aspectos de su vida, desde una vida cotidiana digna (la liberación de la pobreza y el hambre) hasta una vida cultural digna (la celebración de su propio patrimonio cultural como parte de la cultura humana).

El concepto de dignidad es ampliamente compartido a lo largo de la historia de la humanidad, desde las tradiciones del budismo (todos poseemos la naturaleza de Buda) hasta el estoicismo (la «dignitas» o dignidad que comparten todos los seres racionales); la Declaración Universal de Derechos Humanos de las Naciones Unidas (1948) comienza reconociendo la «dignidad inherente» de todos los «miembros de la familia humana». Pero la dignidad no es un hecho a priori de la humanidad (como sostienen el humanismo o el liberalismo); tiene que crearse a medida que salimos de la miseria de la privación (pobreza, analfabetismo) y construimos vidas dignas (como sostiene el socialismo). En otras palabras, existe una fuerza material que tiene que dar forma a nuestra dignidad. Una política para producir dignidad es una política socialista, aunque otros puedan adoptar tal o cual elemento del programa socialista. No hay pruebas en el mundo de que el sistema capitalista pueda emancipar a todas las personas de una vida de indignidad: el capitalismo genera de forma inherente formas de desigualdad e indignidad. Por lo tanto, todas las iniciativas que buscan la dignidad para todos son proyectos socialistas.

Uno de los aspectos más complejos de la situación actual del mundo es que, mientras reina el caos en el mundo del Atlántico Norte, parece haber una creciente sensación de estabilidad en algunas zonas del sudeste y el este de Asia. Las antiguas potencias imperiales siguen insistiendo en un mundo de austeridad, deuda y guerra: ideas repugnantes que causan sufrimiento a un millardo de personas, desde los palestinos que se enfrentan al genocidio israelí hasta quienes mueren de hambre en sus hogares porque sus trabajos precarios no les reportan lo suficiente para sobrevivir.

Mientras tanto, sobre todo desde China, el mensaje es claro: tenemos que trabajar por la paz y el desarrollo para crear un futuro común para la humanidad.[22] Se trata de un llamamiento que cada vez resulta más atractivo para la gente de todo el mundo. Es aquí donde los liberales y socialdemócratas renovados parecen estar tan alejados de la realidad: acostumbrados al lenguaje liberal de la era de la Guerra Fría sobre el autoritarismo, no están dispuestos a reconocer debidamente los grandes logros alcanzados contra todo pronóstico en lugares como China y Vietnam para sacar a sus poblaciones de la pobreza, construir nuevas fuerzas productivas de calidad y ofrecer transferencia de tecnología y colaboración económica y técnica para la industrialización de amplias zonas del Sur Global que habían sufrido el yugo de la estructura neocolonial de la globalización. China y otros países asiáticos no han resuelto los problemas del mundo; no ofrecen un modelo de desarrollo «listo para usarse». Pero ofrecen una postura hacia el mundo —paz y desarrollo— que es mucho más atractiva que la que ofrecen los antiguos Estados del Atlántico Norte en nombre del liberalismo: austeridad, deuda y guerra.

No es que los liberales y socialdemócratas renovados estén tan ansiosos por construir movimientos de masas y renunciar al poder estatal. Creen que el poder estatal se puede conquistar a través de las urnas en las democracias liberales y que esto se puede lograr desvinculándose fundamentalmente del objetivo del socialismo, de la historia del socialismo y de la experiencia real de los proyectos de Estado socialistas. Pero ese sería un poder estatal vacío, porque significaría asumir

[22] ↩ Para obtener una visión general de los debates intelectuales en China, consulte los números periódicos de *Wenhua Zongheng*, publicados por Tricontinental: Instituto de Investigación Social, en thetricontinental.org/wenhua-zongheng.

el cargo sin poder, sin construir los movimientos y las organizaciones políticas que vienen acompañados de una base de masas imbuida de claridad, confianza y un deseo de hacer realidad la plena dignidad humana. La lucha de clases sigue siendo el frente de batalla central para construir los protagonistas dignos del futuro.

El mundo quiere avanzar hacia el socialismo.

Vínculos relacionados:

- La Alianza Global Jus Semper
- Monthly Review
- Tricontinental: Hacia una nueva teoría del desarrollo para el Sur Global
- Chris Gilbert, Cira Pascual Marquina y João Pedro Stedile: Tierra, Cooperación y Socialismo
- Chris Gilbert: Las Comunas Socialistas y el Antiimperialismo: El Enfoque Marxista
- Chris Gilbert y Cira Pascual Marquina: Una edición especial sobre las comunas en la construcción socialista"
- Chris Gilbert: El Sueño de una Cosa: Refundar la Economía de una Comuna Venezolana
- Steve Ellner: Priorizar el Imperialismo de EUA en la Evaluación de la Marea Rosa de Iberoamérica
- Roberto Regalado: El Bloqueo como Espada de Doble Filo
- Jason Hickel y Dylan Sullivan : Capitalismo, Pobreza Global y la Defensa del Socialismo Democrático
- John Bellamy Foster: ¿Por qué Socialismo?" de Einstein y 'Monthly Review': Una Introducción Histórica
- Alejandro Pedregal y Alberto García Molinero: Las Dimensiones Socioecológicas Tempranas de Tricontinental (1967-1971)
- David Barkin y Brian Napoletano: El Sujeto Revolucionario Comunitario y las Posibilidades del Cambio de Sistema

❖ **Acerca de Jus Semper:** La Alianza Global Jus Semper aspira a contribuir a alcanzar un etos sostenible de justicia social en el mundo, donde todas las comunidades vivan en ámbitos verdaderamente democráticos que brinden el pleno disfrute de los derechos humanos y de normas de vida sostenibles conforme a la dignidad humana. Para ello, coadyuva a la liberalización de las instituciones democráticas de la sociedad que han sido secuestradas por los dueños del mercado. Con ese propósito, se dedica a la investigación y análisis para provocar la toma de conciencia y el pensamiento crítico que generen las ideas para la visión transformadora que dé forma al paradigma verdaderamente democrático y sostenible de la Gente y el Planeta y NO del mercado.

❖ **Acerca del autor: Vijay Prashad** es director de Tricontinental: Instituto de Investigación Social. Las últimas obras de Prashad son *On Cuba* (con Noam Chomsky, The New Press, 2024) y *The International Monetary Fund Suffocates the World* (con Grieve Chelwa, Inkani Books, 2025).



❖ **Acerca de este trabajo:** Este artículo se publicó originalmente en Monthly Review en noviembre de 2025. El autor agradece las valiosas aportaciones de Atilio Boron, Atul Chandra, Carlos Ron, Evgeny Morozov, Grieve Chelwa, John Bellamy Foster, Li Bo, Manolo De Los Santos, Michael Brie, Miguel Stedile, Mika Erskog, Shiran Illanperuma, Srujana Bodapati, Stephanie Weatherbee Brito y Sudhanva Deshpande. Este ensayo está dedicado a la memoria de Aijaz Ahmad (1941–2022), quien fue el primero en referirse a la «íntima unión» entre el liberalismo y la extrema derecha.

❖ **Cite este trabajo como:** Vijay Prashad: El Mundo Quiere Avanzar Hacia el Socialismo— La Alianza Global Jus Semper, junio de 2026. Este artículo ha sido publicado bajo Creative Commons, CC-BY-NC-ND 4.0. Se puede reproducir el material para uso no comercial, acreditando al autor y proporcionando un enlace al editor original.

❖ **Etiquetas:** Capitalismo, Democracia, Marxismo, socialismo, movimientos, revoluciones, estrategia, economía política.

❖ La responsabilidad por las opiniones expresadas en los trabajos firmados descansa exclusivamente en su(s) autor(es), y su publicación no representa un respaldo por parte de La Alianza Global Jus Semper a dichas opiniones.

Bajo licencia de Creative Commons Reconocimiento 4.0 Internacional.
https://creativecommons.org/licenses/by-nc-sa/4.0/deed.es

2026. La Alianza Global Jus Semper - Boletín Jus Semper, (ISSN: 3071-6012)
Portal en red: https://www.jussemper.org/Inicio/Index_castellano.html